



Perdón

Perdonar es aceptar la imperfección del ser humano. No es una decisión sino un proceso que se da al interior de una persona, en ocasiones incluso sin ser consciente de ello.

Consiste en aceptar que quizá las cosas que originaron la afrenta o el dolor no van a cambiar, pero que, a pesar de esto, **se puede salir adelante sin seguir sufriendo.**

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



FUTURO ≡ N TRÁNSITO

PERDÓN

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

PERDÓN

Bertha Lucía Fries

Camilo Hoyos

Carolina Sanín

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuellar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)
Carlos Ospina Galvis
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)
Patricia Tobón Yagari
Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Diana Britto, *directora de conocimiento*
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Perdón

BERTHA LUCÍA **FRIES**

CAMILO **HOYOS**

CAROLINA **SANÍN**

Perdón

© 2020 Bertha Lucía Fries

© 2020 Camilo Hoyos

© 2020 Carolina Sanín

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: PERDÓN 978-958-5586-56-7

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

LA COMPRENSIÓN DEL PERDÓN TIENE EN COLOMBIA un componente misógino muy fuerte. Existe la idea de que quien perdona es la mujer y de que el hombre carece de esa capacidad, quizá por el temor de mostrar los sentimientos.

«El perdón es un acto de debilidad; es falta de firmeza y de carácter», define el imaginario nacional. El afectado cree que perdonar es una deslealtad consigo mismo, una renuncia irrevocable a su identidad, a sus propias ideas y principios. Y que es, en especial, una renuncia a cobrarle al otro su ofensa. Y sí. Lo es. De hecho, de eso se trata: hay que desmontar en el país la idea del «ojo por ojo» hasta cambiar la narrativa de la venganza por la del perdón.

Perdonar es aceptar la imperfección del ser humano. No es una decisión sino un proceso que se da al interior de una persona, en ocasiones incluso sin ser consciente de ello. Consiste en aceptar que quizá las cosas que originaron la afrenta o el dolor no van a cambiar, pero que, a pesar de esto, se puede salir adelante sin seguir sufriendo.

El perdón tiene una doble mirada: la del victimario, que debe asumir el coraje de pedir perdón y comprometerse a

la no repetición de los hechos en aras de la reconciliación; y la de la víctima, en quien se da esa sanación interna del que renuncia a la venganza y al odio, mas no al olvido, y asume una nueva lectura del pasado desprovista de rencor, desprecio y resentimiento.

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de trece que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En esta oportunidad se invitó a Bertha Lucía Fries, víctima del atentado del club El Nogal, a escribir sobre las dificultades personales, familiares y sociales que enfrentó hasta lograr perdonar, luego de quedar incapacitada por ocho años; al

escritor Camilo Hoyos, que recurre al arte y la literatura como una manera de aprender el camino hacia la suspensión del juicio sobre el otro; y a la escritora Carolina Sanín quien, con un lenguaje poético y simbólico, afirma que quien perdona «se compromete a cancelar no solo la deuda sino, con ella, el tiempo mismo».

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



BERTHA LUCÍA FRIES

El camino hacia el perdón: yo perdono, nosotros nos reconciliamos

SOY VÍCTIMA DEL ATENTADO DE LAS FARC AL CLUB EL NOGAL el 7 de febrero de 2003, que causó treinta y seis muertos y ciento noventa y ocho heridos. Quedé gravemente lesionada: una pared me cayó encima y me rompió las vértebras cervicales. Movía tan sólo tres dedos. Estuve incapacitada durante ocho años. Odié a las FARC. En mi convalecencia pasé por cuatro niveles de infierno. Al abrir los ojos después de horas de cirugía me sentí feliz por estar viva junto a mis seres queridos. Minutos más tarde entendí que la felicidad venía con «muletas». Solo podía mover tres dedos de mi mano izquierda. Estuve varias semanas en la clínica. Al volver a

casa entendí cuan discapacitada estaba. Era como si hubiera vuelto a ser bebé: no podía realizar ninguna actividad por mis propios medios y me acostaban como a una muñeca que quedaba inmóvil. Entendí esto como mi segundo infierno.

Poco tiempo después mi hijo se graduó en el colegio como el mejor bachiller y fue aceptado en las universidades en las que aplicó, pero mi marido y yo no estábamos en capacidad de pagarle sus estudios. Nunca pensé que la vida nos daría un giro hasta dejarnos sin capacidad de maniobra. Sentía que las llamas del tercer infierno arreciaban. Salí del país en busca de la mejor tecnología para mi recuperación. Las noches se me volvieron infinitas. En ocasiones solo lograba dormir dos horas. Bajé de peso estrepitosamente. Había llegado a la etapa del estrés postraumático con rabia y negación. No entendía por qué había quedado viva. Cada día era una agonía. Sentía que las llamas arreciaban. Había llegado al cuarto infierno.

Durante el proceso de recuperación me pregunté qué habíamos hecho los que caímos en ese atentado terrorista, ¿por qué yo? ¿Por qué nosotros? De nuevo: odié a las FARC.

Entre 2003 y 2012 alimenté mi desprecio por la guerrilla. Mi convalecencia no era la mejor consejera para que sintiera nada distinto. Mi marido y yo, dos profesionales con amplia formación y carreras prometedoras, perdimos todo de la noche a la mañana. Mi hijo, que había sido el mejor bachiller en el colegio donde estudiaba, no pudo entrar a la universidad porque a todas a las que él quería ingresar exigían una

matrícula imposible de pagar en medio de estas circunstancias en que los ahorros y los bienes se destinaron a mi recuperación. La única posibilidad clínica para salir adelante con las secuelas de la bomba era Boston, Estados Unidos de América, por ser la meca del conocimiento y el manejo de pacientes de guerra. Tenía la suerte de tener familia en esa ciudad, les agradecí su hospitalidad y durante las seis horas de fisioterapia diarias comencé a buscar explicaciones en las religiones.

Procedo de una familia católica. No entendía por qué, si hay un Dios, los humanos podemos cometer actos de tanta crueldad contra nosotros mismos. Comencé mi caminar en el mundo religioso. Todas las creencias que investigué, de una u otra forma, me llevaron por la senda del perdón: la católica repite frases como: «Perdonaré no siete veces sino setenta veces siete»; la judía habla de justicia como una condición para perdonar: «Si hay un robo, el agresor debe devolver lo robado y después se promueve el perdón»; la fe baháí me presenta la fábula: «Si Pedro asesina al hijo de Pablo, este no tiene derecho de matar al hijo de Pedro. Si lo hace, sería un acto de venganza y censurable en extremo». Entré, también, en el terreno de la filosofía budista: «El perdón no significa consentir acciones del agresor. El perdón es la habilidad de renunciar a emociones dañinas». Entendía la lógica del budismo, pero tratar de comprender el perdón desde la razón no me sirvió, pues seguía en la senda del odio contra las FARC. Lo más próximo a mi sentir era que debía

haber justicia, entendida como castigo: los responsables deben pagar y ojalá los condenen a la sentencia más alta.

Volví a Colombia casi nueve años después. Me encontré con otras víctimas del atentado y sentí como si nos hubiéramos visto frecuentemente. Hablábamos el mismo lenguaje, el mismo dolor, sufrimiento, ira y odio por lo ocurrido, a lo que se sumaba la incomprensión de terceros que pensaban que había que olvidar y que todo había vuelto a la normalidad, cuando en realidad nuestros corazones aún sangraban.

Supe que había una oficina del Estado que trabajaba con, o para, los desmovilizados. Pedí que me dejaran hablar con algunos de ellos. Quería entender el porqué del conflicto armado. Me reuní con muchos que habían dejado la ilegalidad y siempre les pregunté qué le dirían a una víctima. Todos me contestaron: «Pediría perdón». Fue como música para mis oídos: elenos, farianos, paras, personas de esos grupos que alguna vez estuvieron en la clandestinidad, me pedían perdón sin saber que yo era una víctima. Todos me dijeron: «También queremos que conozcan nuestras historias».

Entré en un mundo desconocido donde campesinos y mujeres de distintas partes del país, muchas de ellas analfabetas que abandonaron a sus familias, me compartían sus vidas de pobreza y miseria. Otras comentaban situaciones de violencia sexual por parte de algún familiar y vieron como única alternativa enlistarse en las filas de alguno de estos grupos al margen de la ley. Los ideólogos daban explicaciones políticas

del grupo al que habían pertenecido. Estos encuentros fueron sanadores para mí. Fui sintiendo tranquilidad en mi corazón y agradecí sus palabras, que sentí sinceras. Fue en ese momento cuando entendí que «ellos también son víctimas».

Ese fue mi momento de quiebre. Comencé, entonces, a escribir sobre la importancia del perdón. La recuperación gradual de la convalecencia me enseñó a ver el mundo con otros ojos. Ahora sé que recién sucede el agravio es más difícil perdonar. El refranero popular es sabio al decir: «El tiempo ayuda a curar las heridas» y podría aplicarlo al odio que cargaba en mis espaldas. Mis victimarios nunca supieron que yo había iniciado ese trasegar hacia el perdón.

El perdón puede ser un sentimiento contagioso

Los desmovilizados con los que me entrevisté nunca supieron que yo era una víctima que los había perdonado. Gracias al encuentro con ellos comenzó a operar en mí un cambio que terminó transformándome. El odio se diluyó y se convirtió en perdón. Los desmovilizados, por otra parte, me contaron que esos encuentros los habían llevado a reflexionar sobre sus actos, a desear pedir perdón y a esperar ser perdonados. Esa reacción me convenció de la necesidad de crear un diálogo nacional entre víctimas, victimarios y todos los sectores del país.

Después de haber sistematizado mis entrevistas, de haber reflexionado sobre lo que me estaba ocurriendo, llamé a mi mamá y le conté la experiencia vivida durante esos meses de diálogo con los excombatientes que hacían parte del programa de la Agencia Colombiana para la Reintegración. Le expliqué por qué entendí que ellos también eran víctimas. Ella, que en su corazón también tuvo enquistado el odio contra las FARC, sintió alivio y también perdonó. Luego repitió esta conversación con sus «amigas del alma», que no eran víctimas del conflicto armado, y ¡bingo! Parecían otras: comenzaron a hablar del perdón y a defender el acuerdo de paz.

Aprendí que el perdón puede ser contagioso. Entendí que estábamos haciendo un pequeño laboratorio sobre el perdón. No quise quedarme en que tan solo dos víctimas (mamá y yo) sintiéramos los alivios del perdón. Reunimos a algunos empleados víctimas del atentado y les conté mi experiencia con los desmovilizados. Era la primera vez que nuestro encuentro se centraba en el perdón. Los anteriores eran como si estuviéramos al frente de un muro de los lamentos. Aprendí la importancia de trabajar colectivamente con víctimas, compartir historias ahora desde el perdón, sin hablar desde las cicatrices del cuerpo, y sentimos que se instaló un bálsamo de paz en nuestros corazones.

Se me vino a la mente un monje budista que decía que cuando alguien nos hace algo negativo, bien sea a través de palabras o de acciones, esa persona nos está entregando un

cuchillo y depende de nosotros clavárnoslo o no. Pues bien, mi mamá, algunas víctimas del atentado y yo habíamos dejado de clavarnos el cuchillo.

Los límites del perdón y la reconciliación

Perdón y reconciliación son dos palabras que muchos creen que son sinónimas. El perdón es un proceso personal y la reconciliación es interpersonal. El perdón es un paso previo para la reconciliación, como subir una escalera. Lo he vivido en los encuentros transformadores entre víctimas y victimarios que dirijo. Las víctimas afirman haber perdonado, pero en el momento que planteo la posibilidad de encontrarnos con aquel que le hizo tanto daño, el perdón entra en cuarentena. Hasta que la persona puede darle la cara al otro, la reconciliación sigue siendo una meta del perdón.

Reconciliación con valores

¿Qué es reconciliación? Reconciliación es reconocer, recuperar y transformar el pasado; es restablecer las relaciones; es pensar en uno y en el otro; es una construcción mutua; es demostrar sentimientos de simpatía y afecto por el otro. El perdón puede permanecer en el anonimato y el victimario

puede no saber que la víctima lo ha perdonado. La reconciliación es el premio por haber perdonado.

La reconciliación con valores obliga a trascender. Es aceptar que existen creencias diferentes a las propias, que hay historias individuales que llevaron a actuaciones no esperadas ni aceptadas, es construir con nuevos cimientos, pero sin olvidar la historia.

La reconciliación con valores busca encontrar costumbres, comportamientos y hábitos que unan puntos comunes a pesar del color político, raza, nivel económico, si es víctima o victimario, desde los diferentes roles que se asumen y, a partir de estos elementos comunes, generar estrategias para construir nuevas formas de relacionamiento. Todo esto es fundamental para lograr un país con un aire diferente. La reconciliación con valores busca crear la cultura de la reconciliación soportada en un marco ético establecido y validado colectivamente. La reconciliación con valores es un nuevo modelo de reconciliación.

Me pregunto una y mil veces qué nos puede llevar a la reconciliación y cuáles son las condiciones necesarias para que ella se dé. ¿Tan solo reconocer el error y restablecer relaciones? No, no es tan simple. Faltan elementos que nos permitan garantizar que esa reconciliación lleve a buen puerto. Es fundamental la construcción mutua de confianza para alimentar la construcción de relaciones sanas, relacionamiento. Sin embargo, es insuficiente y no basta tampoco con demostrarle simpatía al otro.

Descubrí el ingrediente secreto de la reconciliación cuando tuve que explicarla ante víctimas provenientes de todo el país, del delegado de Naciones Unidas, del alto comisionado para la paz, del jefe negociador de paz y otros. La presión escénica obligó a mi mente a trabajar al mayor voltaje y encontré una respuesta a la que más tarde bauticé, reconciliación con valores, y la explico con este sencillo ejemplo.

Si, en lugar de volver a casa a la hora habitual mi marido llega a la una de la mañana con la excusa de que estaba trabajando y con una flor para mí en la mano, lo perdono y nos reconciamos. Si otro viernes, dos semanas después, llega a las tres de la mañana con un ramo de rosas, lo perdono nuevamente y nos reconciamos. Si otro viernes vuelve a llegar así de tarde y con un ramo de flores más grande, pues monto una floristería y ya no hay ni perdón ni reconciliación. La reconciliación tiene que garantizar que se cumplen compromisos para la no repetición y tiene que demostrarse en comportamientos coherentes con lo acordado.

Uniendo puntos comunes para el perdón

Viajé a Cali, donde el Gobierno nacional había organizado el Foro Nacional de Víctimas. Naciones Unidas era el facilitador. Nos agruparon en salones. Éramos cuarenta personas aproximadamente por grupo. Cada salón guardaba los secretos de lo que fue el conflicto armado en la piel de cada uno

de los asistentes: madres de desaparecidos, mujeres violadas con hijos nacidos de esta barbaridad, civiles amputados por minas, población afro con marcas de quemaduras en su piel. Si el recinto que nos congregó pudiera llorar por cada acto de violencia, aún lo estaría haciendo.

Todos allí teníamos un común denominador: la marca que nos dejó la guerra, sin importar ideologías, creencias, valores y comportamientos que nos diferencian. Algunas víctimas han perdonado y otras están en el limbo. Aún no hemos intentado la reconciliación con nuestro victimario. No nos hemos encontrado con el que fue responsable de nuestras cicatrices.

En el hotel en el que nos alojamos había un exguerrillero del ELN que pagó diez años de cárcel. El azar nos obligó a compartir el mismo salón. Hablé con él y escuché su historia. Tuve la oportunidad de contarle al grupo la historia de reconciliación con valores con mi marido, a lo que añadí el siguiente texto:

Una compañera de Machuca, un municipio antioqueño donde en 1998 el ELN perpetró un atentado contra el oleoducto, temía que se repitiera y volvieran a vivir ese infierno en el que murieron ochenta y seis personas y los heridos quedaron con las marcas en el cuerpo y en el corazón. En este contexto, el exguerrillero pide perdón por lo ocurrido años atrás. Reitera que él estaba en la cárcel en ese entonces, pero asume su responsabilidad por haber sido integrante de

ese grupo guerrillero. Todos los participantes compartimos un espacio lleno de emociones: el perdón y la reconciliación se estaban dando al mismo tiempo. El primero, como esa señal intencional de eliminar el odio y la segunda, por haber logrado que le pidiera perdón y ella lo aceptara. El ambiente que habíamos logrado, la preocupación al escribir las cartas dirigidas a las FARC en La Habana, la coincidencia de reflexiones en torno a los beneficios del perdón y las desventajas del odio, la importancia de subir la cúspide del perdón hacia la reconciliación y la identificación de valores comunes para crear entornos de convivencia propiciaron un compromiso entre ellas dos por la defensa por la vida, de no más guerra y no repetición.

La metodología de la reconciliación con valores descrita anteriormente, nos obligó a trascender. Los puntos de unión nos permitieron avanzar en este encuentro transformador que nos dejó este recuerdo de por vida. Ojalá que tanto el perdón como la reconciliación hayan quedado como un hábito.

Verdad, perdón y reconciliación

El 24 de noviembre de 2016 se firmó el acuerdo de paz en el Teatro Colón y en marzo del año siguiente las ex-FARC y yo, como representante de un grupo de víctimas del atentado de El Nogal, firmamos el primer acuerdo entre víctimas y

las FARC. Uno de los puntos de este documento consiste en realizar encuentros entre las partes para conocer la verdad de los hechos, pedir perdón y construir conjuntamente valores para la reconciliación. Organicé tres encuentros entre víctimas y las FARC. Preparé previamente a mis pares, no era fácil realizar estos encuentros con aquellos que nos hicieron tanto daño, me sentía con una gran responsabilidad, ya que he dirigido muchos talleres y encuentros, pero este era diferente.

Iniciamos la jornada con una oración, dejamos principios claros para el taller, redactamos nuestras expectativas y otro tanto hicieron los de las FARC. Luego leí los nombres de los treinta y seis difuntos y los ciento noventa y ocho heridos y pedí un minuto de silencio para honrarlos.

Acto seguido, les contamos a los miembros de las FARC allí presentes nuestras historias en medio del llanto mientras veíamos cómo se les transformaba a ellos la cara y sentimos cómo se hundían en sus sillas. Algunos, incluso, también lloraban.

Los de las FARC tomaron la palabra y aceptaron su responsabilidad: afirmaron que lo que hicieron fue un gran error y pidieron perdón. Durante trece años los habíamos escuchado repetir que ellos no habían sido los responsables y ahora el milagro se hacía y aparecía la verdad. Esto sirvió para preparar el terreno para el acto en sí de perdón y la reconciliación.

En la sesión de la tarde, y siguiendo con mi rol de facilitadora, organicé grupos de trabajo mezclando víctimas

y victimarios. Las primeras, estupefactas. Más de una se preguntaba cómo se me había ocurrido sentarlas con sus victimarios. La sorpresa fue mayúscula cuando todas las víctimas comenzaron a preguntarle a los exguerrilleros sobre sus cotidianidades en el monte: ¿qué comían? ¿Cómo dormían? ¿Tienen hijos? Se oyeron risas, lo cual significó que finalmente se había roto el hielo.

Luego les pedí a todos que se centraran en la actividad. Al final de ese ejercicio resultaron los siguientes valores clave para la reconciliación: compromiso (cumplir con los acuerdos), respeto (escuchar al otro a pesar de las diferencias), perdón (solicitarlo cuando se agrede al otro), no repetición (nunca más volver a actos de violencia). Construimos un mapa de valores como parte de la metodología y con el propósito de edificar la cultura de la reconciliación entre nosotros. A esto lo llamamos ruta para la reconciliación.

Al final de la jornada todas las víctimas manifestaron su perdón. Más de una dijo: «Ahora los vemos como humanos». El encuentro culminó con la entrega de una vela por parte de las FARC con el compromiso de encenderla cuando cumplieran los acuerdos.

En ese evento aprendimos la importancia de la verdad para lograr el perdón, aprendimos que cuando el perdón es entregado desde el corazón es mucho más fácil para la reconciliación; aprendimos que el perdón es individual y para la reconciliación necesitamos del agresor, aprendimos la importancia de propiciar encuentros con una metodología

que permita el relacionamiento seguro entre víctimas y victimarios para reflexionar sobre el perdón

Fue tan exitoso ese encuentro que aquellas víctimas que inicialmente se mostraron aterradas y no quisieron asistir pidieron realizar otra jornada, de modo posteriormente tuvimos tres encuentros adicionales. Todos los cerramos con una foto en la que posamos como si fuéramos un equipo de fútbol que acaba de ganar el Mundial. En la última sesión prendimos nuestras velas, pues las FARC nos habían aportado la verdad de que, en efecto, ellos fueron los responsables directos del atentado, lo cual habían negado durante trece años y ahora por fin se responsabilizaban de todo.

Estas reuniones me dejaron preguntas sobre los victimarios: ¿qué sienten ellos en estos actos al escuchar tantas tragedias humanas de las cuales son responsables? ¿Cómo viven el proceso de ofrecer perdón? ¿Existe arrepentimiento? ¿Cómo experimentan los actos de bondad en donde las víctimas tienen la capacidad de perdonarlos y reconciliarse con ellos?

Castigo por perdonar – prejuicios e incoherencias

A más de una de las víctimas de El Nogal, los encuentros de «Verdad, perdón y reconciliación» con las FARC nos llenaron de alegría. Pero no a todos: aquellos que no han aprendido a conjugar en primera persona el verbo perdonar me

señalaron y me insultaron. Me gritaban: «Deje de hacerse la víctima, usted ya está recuperada», o «¿cómo puede estar con esos bandidos después de todo lo que nos hicieron?».

Les contesté: «¿Y a ustedes o a algún pariente cercano les pasó algo?» Recordé las palabras bíblicas: «Dios, perdónalos porque no saben lo que hacen» y les dije: «Los domingos van a la iglesia y se dan golpes de pecho, expían las culpas y a la salida ya han olvidado los actos de contrición y siguen con odio en sus corazones». Tuve que aprender en carne las bondades del perdón y, al mismo tiempo, la soledad por haber perdonado y, más aún, por promover el perdón.

Así como lo mencioné al inicio, igual que el odio el perdón se contagia. Quienes me quitaron el saludo, entre ellos gente que alguna vez me tuvo dentro de su círculo de amigos, nunca me preguntaron cómo pasé del odio al perdón, por qué perdoné, qué sucedió en esos encuentros o cuáles fueron sus frutos. Con quienes antes me invitaban a eventos sociales no había ahora posibilidad de dialogar. Los escenarios para entablar intercambio de opiniones habían desaparecido. Entendí que los prejuicios no son solo por temas de color de piel, clase social u orientación sexual. También los hay contra aquellos que perdonamos a nuestros victimarios.

En nuestro país existen aún muchas víctimas, e incluso personas a las que no tocó el conflicto, prisioneros de su odio. Esto me recuerda esa historia budista que habla de dos monjes que se encuentran luego de ser liberados tras años

de prisión y maltrato. Uno de ellos le pregunta al otro si ya había perdonado a quienes lo mantuvieron preso y el otro respondió: «No. ¿Cómo podría? Lo que hicieron es imperdonable». Ante lo cual el primero afirma: «Entonces todavía te tienen prisionero».

Me parece oportuno mencionar la visita del papa Francisco en septiembre del 2017, cuando nos trajo a los colombianos, como mensaje central, el perdón, la reconciliación y la paz. Desde las altas dirigencias del país, políticos, empresarios y personas del común se dieron golpes de pecho, oraron y aplaudieron sus palabras. Pero tan pronto el santo padre se despidió, la batalla en contra de la paz, el odio y los choques entre opositores volvieron. Parecía como que su presencia hubiera sido en vano. ¡Qué tristeza! La posibilidad de un país reconciliado se esfumó tan rápido como un dulce en la puerta de un colegio.

En una zona veredal de las FARC

En 2017, la curiosidad me hizo visitar una de las llamadas zonas veredales donde se concentraban miembros de las FARC después de la desmovilización. Nadie sabía inicialmente quién era yo. Llegué una noche y me quedé muchas. Trabajé en los talleres de «Verdad, perdón y reconciliación» con todo un campamento de excombatientes. Uno de mis intereses fue conocer cómo era el tránsito de exmilitiano a

ciudadano, conocer el hábitat donde vivían, cómo estaban asumiendo su nueva vida, cuáles eran sus reflexiones sobre el perdón.

Inicié el taller y en el momento que consideré oportuno les conté que yo era una de sus tantas víctimas de la cruenta guerra. Les detallé el atentado con el carro bomba y el estado en que quedé durante los ocho años de convalecencia. En ese momento hasta los perros de la vereda enmudecieron. Les hice saber mi postura de rechazo a sus prácticas de violencia con atentados, secuestros, minas, y otras tantas barbaridades.

Cada encuentro duraba dos días. Al finalizar el primero me sorprendí cuando una joven mujer se levantó con voz llorosa pidiéndome perdón a mí, a mi marido y a mi hijo, a lo que siguió el coro del llanto de mujeres y hombres que se levantaron de sus sillas y dieron discursos de agradecimiento porque, de una u otra forma, yo era la primera víctima que los visitaba y esto les generaba la esperanza de ser perdonados y que el país pudiera reconciliar. Estas escenas se repitieron en cada uno de los grupos con los que trabajé.

Nuevamente recibí lecciones de vida: I) así no hubieran sido ellos personalmente quienes detonaron el carro bomba, asumieron la responsabilidad como grupo y pidieron perdón; II) todos salimos fortalecidos. Yo como víctima sentí el arrepentimiento y el dolor de corazón de ellos y ellos vivieron el perdón como un pasaporte de entrada para su ciudadanía.

Los que quedamos debemos ayudar a trascender

Quienes hemos sido víctimas de la guerra, tenemos diferentes opciones: odiar, ser indiferentes o asumir un rol para que la historia no se vuelva a repetir. Yo opté por este último. Desde la firma del acuerdo de la paz decidí ser partera, ayudar con los dolores que conlleva perdonar y reconciliarse con sus victimarios. He realizado encuentros transformadores entre víctimas y victimarios, madres que han perdido sus hijos soldados que llegan desoladas, con luto en sus ropas y en sus corazones, después de pasar por un proceso cuidadoso y ajustado a sus situaciones los encontramos con Rodrigo X, excomandante de las FARC; hoy en día están tendiendo puentes con ellos explorando alternativas productivas. Soldados amputados por minas perdonaron a los que fueron sus adversarios en el campo de batalla; las FARC han colocado su equipo jurídico al servicio de soldados discapacitados por la guerra para que el Estado les devuelva el derecho a la salud. Encuentros entre FARC, AUC y el clan de los Pitufos en los que comparten historias de batallas y terminan en un gran festejo en el espacio territorial de las FARC en Mutatá. Cada parto me ha mostrado cómo nace la esperanza.

He sido facilitadora y testigo de cómo víctimas y victimarios traen la magia del perdón y cómo se produce la reconciliación. Suena fácil, pero no lo es; como los dolores de parto, las víctimas no creen que podrán verles las caras

a sus victimarios. Son jornadas de mucha preparación para ambas partes. Ex FARC-EP y ex-AUC tienen que entrar a fondo a mirar sus interioridades, reconocer sus errores, sentir el sentir de las víctimas, medir cada palabra. Las víctimas aprenden a manejar sus emociones y la importancia de abrir el diálogo, todo esto en espacios seguros, donde uno y otro confían en el proceso. He aprendido que hay que tener un instrumental «quirúrgico» que se ajuste para cada caso.

El papa fue claro al decir: «Cuando las víctimas vencen la comprensible tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles de los procesos de construcción de la paz». Seguiré soñando que el perdón y la reconciliación del país son posibles de la mano de las comunidades y sus líderes para crear unidad en medio de las diferencias. El perdón y la reconciliación no tienen militancia específica y, si queremos salir adelante como país, deben ser apropiados por cada uno de los colombianos. †



CAMILO HOYOS

La rabia que encarna la luz

PARA ESCRIBIR SOBRE EL PERDÓN, NO ME ES SUFICIENTE con mi propia experiencia. Claro que he perdonado en mi vida, pero mi perdón está lejos de parecerse en esfuerzo al perdón concedido por los miles de colombianos luego de las atrocidades cometidas sobre ellos o sus familiares en el conflicto nacional. No soy un testigo, no soy una víctima, no soy un victimario. Soy padre, lector y profesor de literatura. Así que, para hablar sobre el perdón, prefiero traer las experiencias que he tenido con la literatura y el arte para que, como una ventana al futuro, quizás me ayuden el día en que tenga que hacerlo como muchos otros ya lo han hecho. Porque leer literatura y estar cerca del arte me ha permitido darle sentido a mi existencia y darle forma y contorno a los desconocidos con quienes la comparto, incluso desde la lejanía.

Hay libros que se convierten en una especie de manual de instrucciones para comprender la realidad colombiana. A mí me ocurrió hace muchos años en las clases de Gretel Wernher, cuando leí por primera vez *La Ilíada* y comprendí por entonces que sus versos se pueden referir tanto a la realidad del mundo prehelénico como a la del conflicto colombiano, antecediéndolo en casi veintiocho siglos. Compartimos con su trama la historia de la rabia y de la guerra. Gretel nos recordó siempre que su personaje favorito no era el gran guerrero Aquiles, el de los pies ligeros, sino Héctor, el domador de caballos, porque en él veía la mejor representación de un héroe: el de un padre, hijo y esposo que parte al combate definitivo porque forma parte de sus obligaciones morales y sociales, a sabiendas de que Aquiles lo matará en la arena. Pero los años y la realidad de nuestro país me han acercado más al padre de Héctor, Príamo. Y esto es así porque a través suyo me he podido acercar a miles de padres colombianos en sus propias experiencias del perdón.

En cuanto la muerte cubrió con su manto a Héctor luego del combate definitivo, Aquiles le perforó ambos talones e introdujo por estos orificios correas de piel de buey y las ató a su carro. El de los pies ligeros condujo sus caballos alrededor de las murallas de Troya. Tres vueltas arrastrando el cuerpo de Héctor frente a la mirada de una multitud conmovida. Este episodio es uno de los monumentos a la rabia destructora de la guerra, como tantas otras historias de carnes mancilladas que hemos escuchado en Colombia.

Pero si de la rabia emana la valentía para la acción, también en ella se cuece el deseo del perdón. Príamo, dispuesto a recuperar el cuerpo mutilado de su hijo, entró doce días después a la tienda de Aquiles sin ser visto. Cuando estuvo frente al asesino de su hijo, en vez de tomar venganza, se arrodilló y besó aquellas manos terribles, homicidas, con tal de recuperar a su hijo muerto. Aquiles, entonces, abrazó suavemente al anciano y lloraron juntos. Se degolló una oveja y compartieron la cena, después de la cual el cuerpo de Héctor encontró el camino hasta su hogar para celebrar sus honras fúnebres.



En un escenario distinto, nuestros creadores cantarían y escribirían escenas como las de Príamo y Aquiles, en donde se celebre no la victoria sobre el enemigo sino el perdón. Historias de víctimas y victimarios que superaron la rabia para resarcir los dolores mutuos y hacer su duelo. Pero en el mundo en que a los colombianos nos tocó vivir se comparte una rabia que conduce nuestras acciones desde lo más cotidiano hasta la idea de una vida nacional. Esta rabia nos ha alejado irremediamente del perdón. Todos conocemos de alguna injusticia, de un asesinato que quedó impune, del despojo de una tierra. Parecería que en la mayoría de los casos estamos solos con nuestro dolor.

He aprendido, a lo largo de los veinte años en los que he dictado clases y talleres de literatura, que nuestros jóvenes

mantienen viva su rabia en las conversaciones. Y he comprobado que es una rabia, como la de todos, que puede tanto destruir como crear. Y esto lo veo cuando hablan de sus emociones a través de una obra de arte porque se dan cuenta de que están en un territorio libre del juicio moral y pueden proyectarse en los personajes ficticios o en sus compañeros de clase que también comparten esa experiencia. Ante una obra de arte reconocen la dolencia que requiere de atención. Se dan cuenta de que hay otras maneras de sentirse. Lo que pasa es que no saben que existen otras opciones. A fuerza de visitar el mismo restaurante dejaron de pedir el menú y se resignaron al mismo plato sobre la mesa.

Y luego, cuando terminé las clases y salgo a la calle, mi convicción se ensancha porque caigo en cuenta de que a todos nos ocurre como a los jóvenes de mis clases, de todas las clases: vivimos con una rabia que difícilmente nos ha permitido pensar en el perdón como una posibilidad en nuestras vidas. En la medida en que nos acostumbramos a vivir con esa rabia destructora, dejamos de buscar soluciones para aplacarla. Y esto nos ha impedido ver que el perdón puede ser una decisión para avanzar hacia aquello que queremos ser.

Hemos sido educados para trabajar, pero no para trabajarlos. Nos han dicho que debemos contar con herramientas y títulos para sobrevivir económicamente, y se ha dejado de lado la conciencia sobre nuestra vida interior. No hemos aprendido a perdonar porque nuestra cultura nos ha enseñado

a disimular las emociones en público y en privado. Como si esto nos permitiera olvidar que somos seres vulnerables a pesar de todo. Robin Casarjian nos recuerda que el perdón es la decisión de ver a la otra persona y comprender sus miedos y errores sin juzgarlo. El primer paso que debemos cumplir es el de cambiar nuestras percepciones sobre nosotros y sobre los demás. ¿Pero cómo hacemos para salir de nuestras trincheras y comprender que lo distinto merece comprensión?

El camino es difícil, porque suele decirse que el perdón tiene que ver con la debilidad y la incapacidad para defendernos de los demás. Como una falsa amiga, se ha conformado la idea de que el perdón nada tiene que ver con el respeto personal, porque muchos consideran que perdonar o cambiar de opinión es una muestra de flaqueza moral y de falta de carácter. Parece enseñársenos que, si no exigimos la total aniquilación del otro y de sus posibilidades en detrimento de nuestro bienestar, no estamos dispuestos a perdonar, a cambiar. De allí que a fuerza siempre de cuidarnos del acecho creemos que el perdón tiene que ver más con el otro que con nosotros mismos. Como si la rabia solo pudiera ser el barril del hámster en el cual nos desfogamos sin cambiar de perspectiva, creyendo que avanzamos mucho cuando en realidad no hemos logrado ver las cosas desde otro punto de vista. Hemos olvidado la importancia de perdonar en nuestras vidas para recobrar la libertad que nos fue usurpada.

Cada día el mundo es más estrecho porque la empatía y la compasión se entienden como una justificación del otro,

cuando se trata en realidad de su comprensión y del esfuerzo por ver a través de su realidad. La empatía no pretende funcionar como una estrategia de persuasión para convencer a los demás de nuestro punto de vista, así como el perdón no es una licencia. Por esto nos cuesta salir de nuestras jaulas invisibles, de los prejuicios y certezas ciegas, lugares comunes que son zonas de confort que resistimos a abandonar.

Nada supone mayor cambio en la vida de alguien que perdonar. ¿Qué hacer con toda esa rabia depositada y arrumada, con todo el tiempo invertido en desear la venganza? Pero podemos llegar a pensar que el perdón no tiene que ver con la acción del otro, sino con la posibilidad que tenemos para darle sentido a esa acción en nuestras vidas. Asumir la forma como nos cambió, que nunca pedimos ni solicitamos, pero que sin embargo nos genera una rabia constante que se manifiesta en todo lo que hacemos y decimos. Al reconocer la sensación de malestar que por lo general la rabia nos produce, podremos llegar a convencernos de que el perdón no tiene que ver necesariamente con el castigo que el otro reciba, sino con la posibilidad con la que contamos para dejar de castigarnos en medio de nuestro dolor. Porque si lo pensamos de cierta manera, no darnos la posibilidad de cambiar es también una forma de perpetuar nuestro castigo.

Todos necesitamos algo de alguien para poder aplacar la rabia, sea esto el reconocimiento, la sensación de ser queridos e incluidos o que nos hagan saber de manera explícita que son conscientes de la forma como nos sentimos. Pero

vivimos en un país con un 98% de impunidad en sus denuncias penales. ¿Vale la pena esperar a que el Estado condene para realizar un cambio personal? Si no contamos con la efectividad de la justicia, ¿podríamos nosotros comenzar nuestra parte en lo que respecta a deshacernos de falsos paradigmas y de creencias personales para poder cambiar? Podemos esperar, pero reconociendo que cada día el dolor que sentimos se aviva como si hubiera nacido ayer. ¿Esto, vale la pena?

Debemos reconocer la rabia para poder ver la luz. Otra hubiera sido la historia de *La Ilíada* si Príamo se hubiera quedado esperando a que Aquiles le pidiera perdón por destrozar el cuerpo de su valiente hijo. Si no somos capaces de mirarnos por dentro, pero en cambio estamos señalando a los demás exigiéndoles su parte sin nosotros estar dispuestos a ofrecer la nuestra, ¿cómo podrá esa rabia cambiar el mundo si no es a través de su fuerza destructora? Como dice Tara Brach: «No es nuestra rabia, sino nuestro cuidado, lo que plantará un mundo más justo y amoroso». Si comprendemos nuestra rabia veremos cómo la verdadera libertad reside en poder tomar decisiones en plena conciencia de nuestras condiciones y esencia, mas no arrastrados por imaginarios o férreos dogmas. Entonces descubriremos que la rabia es estática y nunca transformativa. Nuestras decisiones pueden determinar cómo deseamos vivir en la medida en que podemos decidir, en libertad, qué pensar de nosotros mismos y de los demás.

Para esto, muchas veces nos sirve alcanzar una voz propia que exprese nuestras emociones y deseos sobre el mundo. Y lo más probable es que alguien la haya encontrado por nosotros y que esté plasmada en una canción, en una novela o en una película. Nuestra voz propia puede estar en la historia de alguien más. Entonces debemos leerla con cuidado para, a través de ella, entendernos a nosotros mismos desde palabras que nunca hemos escuchado.

* * *

La literatura y el arte en general apelan a nuestro lenguaje emocional y nos permiten reconocernos en personajes que pudieron haber existido y ser materia de crónicas, o nunca haber pisado esta tierra y ser materia novelesca. Nos enceguece un rayo luminoso cuando nos damos cuenta de que lo que siente ese personaje en sus situaciones cotidianas se parece muchísimo a lo que sentimos en las nuestras, o también puede ocurrir que la letra de una canción o su melodía nos permita comprender emociones que nunca habíamos podido verbalizar por nosotros mismos. Es entonces cuando ocurre la revelación: ese momento en que comprobamos que sentimos más que antes, porque de repente se iluminan palabras y cosas que hasta entonces habían permanecido en la oscuridad. La luz de la revelación nos hace caer en cuenta de todo aquello que hasta entonces no veíamos o no sentíamos.

Y en medio de esta experiencia novedosa se abre un espacio en mi vida y me permito imaginar, como en pocas partes he podido hacerlo, la manera como podría reaccionar frente a la diferencia. Cuando escucho un alabao cantado por mujeres de nuestra costa Pacífica no puedo imaginar una forma más lejana que la mía de experimentar el dolor de la muerte, pero sin embargo nunca me he sentido más conectado con mi propia vulnerabilidad. Las historias y las obras de arte se nos ofrecen, si así queremos recibirlas, como un espacio donde podemos ensanchar la experiencia del mundo. Como un lugar donde podemos vivir a través de la imaginación y de la empatía lo que otros vivieron en su realidad, para poder compartir incluso lo que nunca tendremos que vivir porque no se puede repetir. Únicamente a través de una obra artística, las tejedoras de Mampuján podían compartirnos todo el dolor y la esperanza de su experiencia en una sola superficie: la llegada de los victimarios, la muerte, el desplazamiento y el dolor, pero también la esperanza a través del perdón, con esa leyenda que cierra la obra: «Gracias por unirse a la reconstrucción de un sueño de paz».

En la medida en que el arte y la literatura me facilitan relacionarme con una variedad de personajes que puedo encontrar cercanos, también me ofrece otros caminos menos festivos. El escritor israelí David Grossman nos recuerda que puede ser que en la mitad de la experiencia de la ficción nos topemos con el mundo interior de personajes que encontramos repulsivos, con quienes nunca compartiríamos una

mesa ni mucho menos tres palabras, pero la ficción nos los pone de manera inmediata a nuestro alcance y nos obliga, como no ocurre en el mundo real y en la calle, a enfrentarnos a su interioridad más elemental y primigenia para comprenderla; cuando vemos su magma, «la materia incandescente y primitiva que burbujea en el interior de cada ser humano por el hecho de serlo». Es en ese instante cuando puedo conocer al otro por dentro, la revelación a la que nos referíamos anteriormente. Porque si decido llevar este nuevo conocimiento al mundo que encarna mi propia realidad, podré comprobar que mi camino estará iluminado.

Nos acostumbramos a vivir al acecho de la rabia. La rabia que brota ante el menor roce social o la menor confrontación en una discusión con amigos y familiares (en persona o por WhatsApp). Esa rabia que consiguió permear todas las actividades de nuestras vidas y todas nuestras relaciones sociales haciendo aún más difíciles los problemas de la cotidianidad. Esa rabia que no ha encontrado la manera de crear en vez de destruir. Y no tiene por qué ser así. Si tenemos un músculo atrofiado, podemos hacer ejercicios para liberar su tensión: hacemos fisioterapia. Si queremos mejorar en un deporte, o tocar mejor un instrumento, nos tomamos el tiempo para practicar hasta que cada vez lo hagamos mejor. ¿Dónde practicamos, entonces, para ser compasivos con nosotros mismos y con los demás? ¿Dónde ejercitamos nuestras emociones para advertir lo que nos pueda pasar en nuestra experiencia emocional del mundo?

El arte se convierte así en una especie de gimnasio de las emociones, donde podemos practicar y ensayar distintas formas de sentirnos y comprender cómo se sienten los demás. Un espacio donde recortamos distancias con el otro, donde desarrollamos más y mejor la habilidad de leer lo que los otros están pensando y sintiendo, sin necesariamente ser magos o brujos, sin necesariamente estar de acuerdo. Cuando el arte está más cerca de nuestras vidas nos permitimos aceptar que las demás personas, incluso quienes están más lejos de nuestra forma de ver la vida, están dotadas de razón y de consciencia, tienen una «mente», es decir, la capacidad de regulación y de descontrol, y que usan la razón y su intelecto como nosotros, y que al igual que nosotros, se equivocan y a veces no saben a quién acudir. Nos ofrece una cercanía con desconocidos que nos permite exigir a los demás igualdad, dignidad y derechos, y nos ofrece las condiciones para poder responsabilizarnos en plena libertad de comportarnos fraternalmente los unos con los otros. Sin que esto quiera decir que le estamos dando la razón. Sin que esto quiera decir que estamos dando nuestro brazo a torcer. Porque el arte nos puede enseñar el camino hacia la suspensión del juicio sobre el otro para comprenderlo desde sus deseos y temores más primigenios y básicos y compararlos con los míos para darme cuenta de que, por lo general, coincidimos.

* * *

Suelo recomendar a mis alumnos que lean para ser conscientes de ellos mismos y de su interioridad, pero también del otro que los acompaña y de aquellos a quienes aún no han conocido y seguramente nunca conocerán, pero que sin embargo representan a tantos otros que sienten y sufren como ellos. Les sugiero que lean literatura para ser conscientes de las experiencias que han tenido y de las que llegarán y deberán reconocer en el mundo. Les recomiendo que lean para conocer las fuentes de su rabia y de su bienestar. Que lean y reaccionen frente a una novela como harían frente a la vida: como seres llenos de sentido y de posibilidad de cambio. Nunca se los he dicho en voz alta, pero ahora que termino estas palabras, estoy convencido de que dicto clases de literatura con la esperanza de que, con suerte, por lo menos alguno de ellos pueda encontrar un camino para el perdón desde la rabia que encarna la luz. †



CAROLINA SANÍN

Perdonar a Dios

UNO LE OFRECE DISCULPAS A OTRO, A QUIEN HA OFENDIDO.

Veo esta figura: uno tiende la mano con la palma abierta hacia arriba, o muestra ambas manos con las palmas hacia arriba. Tiene las disculpas en ellas, o en la lengua, o entre las manos y en la lengua. O esta otra figura: entre uno y otro se dejan las disculpas solas, como en el suelo o sobre una mesa servida. Se toman o no se toman.

Si el ofendido acepta las disculpas ¿queda comprometido a qué? Al perdón, que es borrar la ofensa, que es hacer que el flujo del tiempo se revierta; que lo que sucedió no esté sucedido. Se compromete a cancelar no solo la deuda sino, con ella, el tiempo mismo: el acostumbrado, sucesivo, que corre hacia adelante; el tiempo que acumula problemas y espera soluciones, al que todos estamos sujetos.

Para que quien perdona se comprometa a eso, sabe que lo puede hacer; que en él hay un poder —el dominio sobre el

tiempo— que es más que él. No estar sujeto al tiempo es no estarlo a la muerte. Quien acepta disculpas perdona con su inmortalidad. Al perdonar se obra con la fe.

También es posible que quien perdona se comprometa a obrar la magia con el tiempo sin saber si tiene el poder de hacerlo. En ese caso, no obra con la fe, pero sí con la confianza; con la paciente certeza de que el nuevo tiempo que se abre con el perdón transcurrirá, y en él se abrirá una nueva vida sin que él aún pueda saber cómo.

El que perdona, entonces, sabe que es un dios o confía en que lo es. Es un dios que está afuera de sí y en lo más profundo de sí. Y al borrar la falta, la ofensa y el tiempo sufrido que transcurrió entre la ofensa y el ofrecimiento de disculpas, también borra las disculpas mismas.

La reversión del tiempo es el hecho improbable: la resurrección.

El que perdona nace.

Todo nacimiento es un acto de aceptación.

Convertido en alguien que sabe perdonar, quien perdona una ofensa perdona las demás; las que él ha hecho y las que le han hecho. Perdona al tiempo mismo, es decir, cuanto transcurre y el transcurso, las cuentas y su suma. Hace que el tiempo recomience. Describe una revolución.

En la hazaña y el instante del perdón, el perdonado y el perdonador viven por fuera del tiempo humano. En ese instante, ambos están ya del otro lado de la muerte. Pasan a estar en el lugar de los espectadores del teatro del mundo,

en el que han aparecido antes como actores. Renuncian al escenario y al tribunal para sentarse en la tribuna.

Parecería imposible que un hombre pudiera perdonar. Pues parecería que, para hacerlo, tendría que violar la ley a la que su vida está sujeta: la finitud.

Imagino el perdón como el descanso: como la decisión de no cansarse más.

El acto de perdonar no corresponde a la economía del trabajo —de producir para volver a producir—, sino a la aparición del milagro. No es nada lo que ese milagro hace aparecer. Se trata de un milagro que resta.

Lo imagino no solo como el final de la condena, sino también como el final de la pena, que es la ocupación de la imaginación en concebir que lo que fue no haya sido o que lo que no fue haya sido.

¿Cuál es el momento del perdón? ¿Cuándo llega?

¿El tiempo del perdón es simultáneo al padecimiento por la ofensa recibida —y es la aceptación misma del padecimiento—, o viene después? ¿Puede ser un instante intermitente, y entonces uno repite la serie de dolerse, culpar y perdonar, una y otra vez, sin que haya fin para su perdón desperdonable y reperdonable?

En mi país se pide «perdón» en lugar de «permiso». Cuando alguien va a pasar por el lado de otro y quiere expresar que necesita un espacio, ofrece disculpas en lugar de anunciarse. Se declara, extrañamente, en falta. Anticipa la falta que le sería imputada injustamente y por la cual está pidiendo, por tanto, un perdón falso. También sucede que se interpone en falso la petición de perdón al inicio de un discurso: «Perdón, pero no estoy de acuerdo contigo...». Es una inconsciencia cotidianamente cultivada.

Saber que se ha tenido una vida —es decir, una historia que para conocerse necesitaría contarse de innumerables maneras— es lo que permite perdonar.

La vida es distinta de la manera de contarla y de cada cuento singular que pueda contarse sobre ella. El pasado es tan inabarcable como el futuro.

La responsabilidad con respecto a la infinidad de la propia experiencia lleva al descubrimiento de que se está ya en otra vida, distinta de la determinada por la ofensa y distinta de la historia de la ofensa.

La consciencia de la abundante ignorancia sobre la propia vida —de la ignorancia sobre cómo contarla— lleva también a saber que toda ofensa se hace por ignorancia de la historia del otro, en la que se inscribe.

Perdonar es la manera de pasar de un momento a otro momento. Entonces, no solo es ponerse por encima del

tiempo; es también entrar verdaderamente en el tiempo; integrarse al crecimiento.



El perdón, que es íntimo y tal vez inenarrable, indica el cultivo de una nueva memoria. O, en todo caso, el abandono del cultivo de una misma memoria. O la liberación de la memoria.

Habiendo perdonado —o creyendo que perdona, o tras decidir que ha perdonado— uno dejaría que su memoria creciera salvajemente: que se reprodujeran los recuerdos, con sus abrojos y sus árboles, sin atenderlos ni guiarlos. Dejaría que la memoria tapara la memoria y que su fronda no dependiera más de la atención del jardinero sufrido y su trabajo de remembranza.

Tal vez el perdón indique, también, el olvido de la justicia, y la liberación con respecto a ella.

Tal vez el perdón indique además el olvido de la verdad; la renuncia a la pretensión de saber verdades sobre las causas y las consecuencias. En el proceso del perdón, la verdad no es el inalcanzable y variable «por qué», ni el «cómo». La verdad es la ofensa.



¿Cómo serle fiel, en el perdón, a lo que me pasó, es decir, a lo suscitado por la acción de quien me ofendió?

A lo mejor puedo serle fiel a la ofensa (es decir, acompañarla y verla) siéndole infiel: dándole una forma distinta de la que se me ha impuesto. El perdón requiere el relato nuevo y es un acto creativo. La facultad que lo permite es la imaginación, que es la búsqueda de asociaciones entre las cosas.

Abandonar el recuerdo pero cuidar la experiencia sería cambiar la contabilidad por la narrativa, la cuenta por el cuento. El perdón requeriría, entonces, una adaptación. Mi historia de ofendida tomaría la forma de una fábula, por ejemplo: «Había una vez un león que vivía muy flaco en la selva, y un día llegó un buey...». La narrativa puede sacarme del hechizo de la ofensa.

Ninguna narrativa es la verdad. Ni siquiera lo sería la suma inimaginable de todas las narrativas. Lo que se busca en el acto de perdón no es saber sino despertar, que es otro nombre para responder, que es otro nombre para nacer, que es acceder a un nombre nuevo.

Al ofrecerle disculpas al ofendido, también el ofensor ofrece su propia historia.

A través de la confesión, se espera que quede vacío de aquello con lo que hizo daño al tiempo que se llenaba de daño.

Quien confiesa lo hace ya desde otro lugar, desde otro distinto del que actuó. Se desdobra, para poder contarse.

Ha sobrevivido a una conversión: es otro de sí mismo. Es uno que quisiera ser.

El recuento de lo que he hecho llama al recuento de lo que me ha pasado, y este recuento me pide, a su vez, que tenga en cuenta lo que les ha pasado a quienes me han afectado. La confesión lleva implícitamente (es decir, sin *llevar la cuenta* interminable) la labor de *tener en cuenta*. La responsabilidad no me exige que encuentre un culpable último y lo identifique con mi persona, sino que identifique mi agencia y sepa que esta es una estación en un camino que viene de otra parte, de todas partes. La responsabilidad es *caer en la cuenta* del entramado de los vínculos y las implicaciones.

Quien pide perdón y confiesa —implícita o explícitamente— y quien perdona son reversibles en el acto del perdón. Solo perdona el que sabe que necesita ser perdonado, y solo pide perdón el que sabe que necesita perdonar. Los dos se dan cuenta de que cada uno contiene la historia de toda la humanidad. Esa consciencia, que es la condición para perdonarse, es también la condición para la fundación de una comunidad y el sustento de la compasión, que no consiste en ponerse en el lugar de otro, sino en enterarse de que en el lugar de uno, dentro de uno y no al lado, están todos los demás. Para la compasión se pone uno en su propio lugar.

Alguien puede decir que no hay culpables, ya que nadie puede conocer cuál es el efecto de sus acciones. Al hacer el bien, puedo estar echando a andar una cadena de causas y consecuencias que vaya a parar en un mal sin remedio. Y al hacer un mal aparente, también puedo echar a andar un mecanismo que derive en la salvación. Sin embargo, existe la realidad irreductible del dolor que provoca en el otro una decisión mía. Si rehusara honrar mi responsabilidad individual pues no puedo ver realmente el futuro y el alcance de cada una de mis acciones, estaría ignorando que precisamente el ofendido, que está delante de mí, viene del provenir de mi acción. Ese otro frente a mí, con su dolor manifiesto, es mi posibilidad de ver el futuro.

El acto de perdón empieza por una pregunta. Pedir perdón es preguntar si uno recibirá la absolución, pero también es preguntar «qué hice». Y preguntar «qué hice» es preguntar «qué pude». Y eso es preguntar «quién soy» y «quién más he sido, que no he sabido». Quien perdona, a su vez, pregunta: «qué puedo», y eso también es preguntar: «quién soy», y «quién más puedo ser».

Nadie confiesa ante la inocencia del otro. Se confiesa ante la experiencia del otro. Se espera que la experiencia del otro perdone.

Escucho de otro la confesión de lo que me ha hecho, y en esa confesión recobro algo que he perdido: una manera de contar mi historia.

Tal vez también reconozco, en lo que le oigo confesar al otro, una parte o una posibilidad de mí. Me pregunto si yo habría podido hacer lo que él dice que hizo. Sé que no habría podido hacerlo, por la manera como estoy constituida y, sin embargo, lo que oigo no me es totalmente ajeno: está dicho en el mismo lenguaje que hablo. Está dicho con palabras que reconozco, del lenguaje de los humanos.

Al disponerme a perdonar a otro, me libero del personaje que fui para él. No soy ya su ofendida. Afirmino que soy otra que mi ofensor no conoce. Afirmino mi multiplicidad.

Yo no sé si he perdonado; si soy culpable de no haber perdonado, además de ser culpable de todo aquello por lo que estoy imperdonada. A veces sospecho que, en toda la historia de los hombres, no ha habido nadie que pueda saber si perdonó o no lo hizo, o que pueda definir —conocer, contener— el perdón. A lo mejor la búsqueda del conocimiento del perdón es la búsqueda infinita, y en la vida no se llega a su encuentro.

El perdón es, tal vez, el deseo: el ir para siempre, y aquello a lo que siempre se encuentra uno atraído. El deseo de perdón, que es el deseo de quedar en la paz de no esperar más la restitución de lo quitado, es la condición para seguir viviendo. Querer perdonar y ser perdonado es lo humanamente posible.

A veces me he negado al perdón para no perder la ofensa, pues ella es algo que tengo; un bien recibido de otro, como una herencia.

No sé si he perdonado, pero sí he dejado de pensar en el daño que se me hizo. He dejado de esperar las disculpas del otro y de cobrarle lo que creí que me debía. No creo que haya vuelto a nacer en el perdón, pero he parado de concebir la ofensa y de imaginar a quien me ofendió. He dejado de estar ocupada por él, que tal vez signifique que he impedido que él siga transcurriendo en mí. Quizás, entonces, lo que he pensado que es perdonar al otro ha sido darlo por muerto; renunciar a su imagen viva y posible. Y, al hacerlo, también he dejado de considerarlo fuera de mí. Me pregunto si haberlo realmente perdonado habría implicado empezar a concebirlo afuera, como alguien distinto de mi imaginación, con una vida que me fuera misteriosa; tenerlo presente e interesarme en él, y no ausentarlo, que es lo que he hecho.

Ahora se me ocurre que no es posible que no haya perdonado ni es posible que no me hayan perdonado. Para estar viva, tengo que haber sido perdonada.

También para morir, los muertos han perdonado.

O perdonar al otro es darle sepultura y celebrar sus funerales. No se sepulta a alguien para olvidarlo, sino para dejarlo en la memoria de la superficie de la Tierra; para poner una piedra y su nombre encima de su carne y sus acciones parciales, específicas, conocidas y confusas. Al perdonar al otro, le celebro en mí los funerales que deben dársele a todo ser humano. Lo cubro. Lo hago pasar. Mi perdón hace que el otro pueda llegar a su fin en mí; que deje de ser en mí el desaparecido, el insepulto o el penitente, y que deje de tener yo, en mí, un cuerpo desaparecido y un fantasma.

Cuando perdono a otro, ¿decido reconocer —y no reconocer más— una parte de él, que fue la que (imponiéndose sobre sus otras partes) quiso ofenderme y me ofendió? ¿Tal vez el que me ofendió es uno que vive o que vivía en la persona a quien quiero perdonar —uno de los innumerables personajes que viven en cada quien—, pero al perdonar sí perdono a la totalidad de su persona, pues reconozco que esa persona no solo fue el personaje que me ofendió, sino también el que confiesa y pide perdón?

Al perdonar a alguien digo que él no es equivalente a la ofensa que me hizo, ni a ninguno de sus actos. Reconozco que no puedo conocerlo: que la ofensa sola no da la medida

exacta de su vida. Al mismo tiempo, lo hospedo: lo integro sin contenerlo. Le doy un lugar en mí y me hago territorio para él. Acepto verlo como un dios, o bien, perdonarlo como a un dios, que excede mi comprensión y cuyos límites no vislumbro. Y quedo vinculada con él con un vínculo nuevo que testimonia que la culpa es un lazo provisional, menor y endeble.

¿Qué está en el lado contrario del perdón?, ¿el rencor, o el castigo? ¿Al perdonar renuncio al castigo del otro, o a mi deseo de su castigo? Al optar por el perdón tal vez siento que, de optar por el castigo, este sería un castigo también para mí.

Al perdonar se deja en libertad. Se pone la libertad —la propia, la del otro, el bien de la libertad— por sobre los demás bienes. Se confía en la libertad.

¿Qué está en el lado opuesto de la confianza?, ¿la cólera?

El personaje que causa un daño es el colérico. La cólera es la operación por medio de la cual alguien se sale de sí a través de una herida. Es la evidencia de la desintegración. De la persona sale, pues, el personaje colérico. La misma cólera que daña —esa parte inarticulada con las otras partes y con el otro— es la que impide perdonar.

¿Qué está del otro lado de la cólera? Podría pensarse que el sosiego o que la compasión, pero, también, que la conciencia enternecida y cruel de lo humorístico, del ridículo. A lo mejor la risa es la actitud propia del perdón.



Al empezar a ensayar estos pensamientos sobre el perdón, vi la figura del que ofrece disculpas como un monumento: de pie, con las palmas hacia arriba, con los brazos despegados del cuerpo. Tal vez el que ha sido agraviado está más abajo, postrado, encogido o agazapado por el sufrimiento. El que ofrece las disculpas —si usamos ese verbo, «ofrecer», en lugar de «pedir»— parecería tener algo que el otro no tiene. Parecería que el otro le ha pedido que le devuelva lo que le ha quitado y aplaque su demanda. Debe de ser por eso, por esa superioridad concesiva perceptible, que a veces es difícil perdonar a quien ofrece disculpas.

Veo otra figura: el que ofrece disculpas no ofrece nada, sino que pide perdón. Es un suplicante, y lo que tiene es su pobreza. Da un gesto de compunción y mira hacia abajo, pero no al otro, sino al suelo. Las disculpas son su propia devastación. El ofendido es un dador. Concede las disculpas. Su mirada está por encima de la del otro, sobre su cabeza. Es él el que adopta la forma erguida, de manos abiertas. Tal vez por esa superioridad perceptible a veces nos resulta imperdonable aquel que quiere perdonarnos.

Hay estatuas que representan a Jesús mirando a la humanidad hacia abajo, levantado y con las manos abiertas y los brazos separados del cuerpo, como dando con las manos vacías y como indicándole a la humanidad que ella también se levante.

Hay otra imagen de Jesús que también lo muestra vertical, pero clavado en la cruz. No se sostiene a sí mismo y está abierto. Está siendo castigado por los hombres y perdonado por los hombres. Antes de la cruz, ha enseñado el Padrenuestro. Para enseñarlo, lo ha rezado él mismo, en primera persona: «Perdona nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores». En un mismo acto, en las palabras del hombre, Dios ha pedido perdón y ha perdonado.

Puedo imaginar que los dos que se perdonan están ambos de rodillas, frente a frente, quizá solos, quizá bajo las alas o los brazos abiertos de un tercero.

Al tiempo que se reconocen en su inmortalidad, se reconocen en su definitiva mortalidad. Aceptan su límite: testimonian que no vivirán para siempre y que no pueden ver sin límite. A cada uno lo excede la vasta realidad del otro. No pueden comprenderse mutuamente, pero imaginan que ser juntos —no ser cada uno solo sí mismo— puede ser la única manera de salvarse, de ser más vida que muerte. Ven que el perdón, que parece imposible, parece también inevitable.

Veo otra figura: la de uno que está solo y perdona sin que el otro le pida perdón; adivinando e inventándose el ofrecimiento; ofreciéndoselo a sí mismo.

Veo otra figura más: la de dos niños de pie frente a frente, que se estrechan la mano después de que se han peleado. La madre les pide que hagan «las paces», con ese plural enigmático. Les dice que no importa ya quién empezó ni qué se dijeron. Que no va a castigar a ninguno. No indaga sobre el origen de la disputa. Que uno se sienta ofendido por el otro es suficiente para saber que se ha hecho un daño. Dense la mano, dice, y los dos se dan la mano bajo las alas de ella. Pensaría uno que ese perdón sin examen es un trámite insignificante; que eso no es el perdón. Y, sin embargo, sirve para que los niños vuelvan a jugar.

En el centro secreto de cada uno está el perdón, vivo, coincidente con el soplo mismo de la vida. No conozco mi capacidad de perdonar, así como no sé cuánto he sido amada. Sé que porque perdono y soy amada puedo esperar el día.

Los dos que se perdonan entre ellos aceptan el orden de lo real y la razón ignota de cuanto pasa: perdonan a Dios. Tal vez hace falta que haya dos para tener ese conocimiento último de la realidad que es la sola sumisión a ella. Tal vez, para que haya dos, tiene que haber una ofensa y un olvido.

Los dos que están por turnos postrados y de pie — ambos de rodillas, o dándose la mano, o el uno en la imaginación del otro solitario— se encuentran presentes en la Tierra. Ven la espléndida belleza de lo visible: la luz, las

nubes, las olas, las hojas. El brillo de las cosas existentes: el milagro, que es el mundo que se ha permitido que sea. El mundo presente: perdonado. Y entonces saben que ya no hay disculpas que ofrecer. Ya solo está el favor.

Escuchan el murmullo de las ramas en el viento y los sonidos del viento en la garganta de los animales —el bramido del buey y el rugido del león—: esas son las instrucciones.‡

Autores

01. BERTHA LUCÍA **FRIES**

Bogotá. Sobrevivió al atentado del club El Nogal, perpetrado por las FARC en Bogotá. Su diagnóstico fue cuadriplejía y estrés postraumático severo, los cuales ha logrado superar. Los actos de reconciliación entre víctimas y victimarios, han demostrado que sí son posibles el perdón, la reconciliación y la construcción de zonas de convivencia pacíficas.

02. CAMILO **HOYOS**

Pereira, Risaralda. Escritor y crítico literario. Fue profesor de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Participa en el portal de Rafael Argullol, *El Boomeran(g)*, bajo el pseudónimo Delfín Agudelo. Cofundador de la Fundación Gratitude, la cual promueve el arte y la cultura como generadores de cambios sociales.

03. CAROLINA **SANÍN**

Bogotá. Escritora, columnista, actriz y docente colombiana. Es licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes y Ph.D. en Literatura Española y Portuguesa de la Universidad de Yale. Ha sido columnista del periódico *El Espectador*, las revistas *Arcadia* y *Semana* y los portales *La Silla Vacía* y *Vice*.